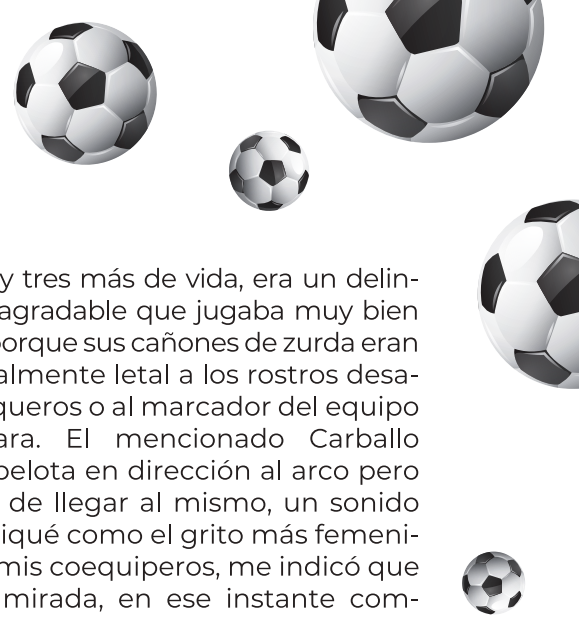




LA PR MESA

Mauricio Vanegas



Fue difícil llevar una vida digna de un perdedor; fueron muchas las negativas antecedidas por muestras de afecto y precedidas por un recuerdo custodiado de nostalgias; de vez en cuando hasta mi condición de hombre heterosexual fue puesta en duda y, a menudo la pregunta resultante era como una tormenta indeseada, formulada según consecuencias de tiempo por: compañeros del colegio, vecinos, amigos, ex-novias, jefes, tenderos, observadores bienintencionados, comunicadores malintencionados, sólo por mencionar algunos: ¿por qué no te gusta jugar fútbol?

La pregunta resultaba de constantes sentencias de ¡no!, frente a la invitación más recurrente de la clase baja del trópico mestizo en el que según mi karma, elegí nacer. Las razones de mi inapetencia por el juego popular de competencia directa, esfuerzo físico, estrategia de equipo, espontaneidad equina, teatro cósmico, esa compensación sutil de nuestro tiempo de cazadores-recolectores domesticada tras un balón; nunca fueron reveladas por motivos no programados por mí, quizás por algo de pudor, una dosis de privacidad o simple pereza de contar una historia que hoy comparto...

Todo inició con el génesis, pero mucho tiempo después transitaba por el patio del colegio donde hizo residencia mi bachillerato; ya el fútbol había sido inventado por los ingleses mercantes en su expansión territorial, posterior al cerco napoleónico, en fin... Mis compañeros del salón estaban ad portas de un partido de micro, razones de causalidad le impedían al arquero jugar el partido y la noticia fue simultánea con mi tránsito por la cancha. Alguno de los compañeros levantó la mirada y la voz para invitarme a ser arquero. Se desataron en mi memoria una serie de episodios relacionados con el fútbol que sintetizaban una relación no funcional, pero ya había dicho que sí, sin llegar a una conclusión sobre la continuidad de esa relación.

Entregué mi desayuno, declarado desaparecido, a algún otro compañero. Sentí que el juego iniciaba y todas las miradas coincidían en mí, ese momento de la popularidad que exige cierta coreografía a la que no estaba acostumbrado. Carballo -nunca supe si era su nombre, su apellido o su apodo- era integrante del grupo adversario, me llevaba un

grado de ventaja y tres más de vida, era un delincuente potencial agradable que jugaba muy bien al fútbol; famoso porque sus cañones de zurda eran un arma potencialmente letal a los rostros desafortunados de arqueros o al marcador del equipo que lo enfrentara. El mencionado Carballo golpeó fuerte la pelota en dirección al arco pero yo no terminaba de llegar al mismo, un sonido que luego identifiqué como el grito más femenino de alguno de mis coequiperos, me indicó que debía volver mi mirada, en ese instante comprendí que el balón estaba en línea de gol en la primera jugada del partido. Una reacción instintiva se produjo en mí, quizás producto de un acto de defensa propia o algún secreto gen guardado y emparentado con los felinos, dispuso mi cuerpo sin que yo lo hubiese programado en dirección al balón, sospecho que fue un acto de portada de un periódico, a escasos centímetros del piso en mi primera aparición en el fútbol del colegio, evité la anotación y el balón salió fuera en dirección al tiro de esquina, el grito de mi compañero se convirtió de un ¡ayyyyyy!, a un ¡uffffff!

El acto mismo me mereció el aplauso del público, el choque de manos con mis compañeros y la adversidad del atacante. Así inicié en el fútbol, lejos de los largos minutos que me esperaban del partido, ya era una hazaña por contar, que un arquero de repuesto acierta sacando un tiro directo de Carballo con elástico gesto técnico. El partido continuó con todas las adversidades posibles para el arco que defendía, pero algo estaba con-fabulado aquella mañana y mis reacciones naturalmente no muy profesionales, acertaban a huir hacia el lugar exacto donde el balón llegaba. Saqué balones con las manos que cubrían mi cara, con los pies en el tropezón por no caerme e incluso cuando le daba la espalda; la emotividad del partido crecía, al igual que la furia de Carballo. El partido fue más tenso cuando el compañero del grito femenino, anotó el gol que nos puso en ventaja a escasos minutos del final.

¡Gooo!, se sentía bien.

En uno de los ataques del equipo rival, le quite el balón de los pies a Carballo, que gritó con desespero y

sentenció en tono que todo el colegio escuchara: -¡Hoy te hago un gol mariquita!-, por razones que puedo atribuir a la adrenalina del momento del partido, al mismo impacto de sol que llevó al Extranjero a dispararle a un árabe o al exceso de miradas femeninas en mi lado de la cancha, le dije: -¡A que no!

Carballo se detuvo en el acto y se acercó desafiante, no sé qué fuerza le impidió golpearme, pero me dijo:

-¡A que sí! y si lo hago, te salís inmediatamente de la cancha- Yo acudí al mismo tono, envalentonado por el éxito de la mañana.

-Pero, si no me *hacés* un gol, te *retirás* del campeonato.

Estiro su mano y cerramos un pacto que lo ponía en desventaja por la proximidad del final del partido. Ese día contra todo pronóstico ganamos 1 a 0, con toda la alegría celebramos el primer partido de un campeonato como si fuera el último. Habíamos derrotado al más férreo equipo, el actual campeón de las ediciones anteriores, al más temido de los pivots. Carballo me felicitó al final sin sonrisas. Yo me convertí por la magia de la suerte en una estrella, pretendido en las clases de educación física, invitado a los entrenamientos de la selección, codiciado por compañeritas, respetado por los rivales, también inicié de arquero titular el resto del campeonato, pero lo más sorprendente de todo, lo que hace de esta historia algo con propósito de contar, es que Carballo cumplió su cuota de la apuesta, no volvió a jugar. Su equipo era bastante bueno y sin embargo tomaba los partidos sentado y dando indicaciones, cuando le preguntaban, no decía nada y el temor que infundía diezmaba al entrevistador.

El rumor crecía: Carballo no jugaba por culpa mía y eventualmente volvería por mi voluntad, yo tomaba distancia de la discusión y seguía con una carrera al estrellato que me sacó del anonimato momentáneamente; por razones que responden poco a la lógica llegamos a la final del campeonato, tuve grandes jornadas, aunque también colosales errores, seguía siendo el titular, meses después, la final del campeonato era contra el equipo de Carballo que con más dificultad llegó a esta instancia sin su pivot.

Me debatía entre enfrentar la final sin la incomodidad de la pierna izquierda de Carballo o enfrentarlo precisamente para demostrar que era el mejor, algo de principios, o como parte del espectáculo que se fue montando con el desarrollo no programado de esta historia, me llevó a buscarlo días antes del partido y decirle que lo esperaba en la final, él respondió con desdén que allí estaría. El esperado día de la final llegó con toda la expectativa de una rivalidad expresada en el retorno de Carballo a la titular del equipo rival, enfrentándose al que hasta ahora había sido solo un primíparo con suerte.

Todo el colegio desbordó la tribuna, gritos, bombos, percusión al palpar de un corazón. El partido fue intenso, varios balones saqué en una evidente mejoría de la técnica, que llevaron a Carballo a una nueva propuesta.

-Arquerito, si te hago un gol hoy, no volvés a jugar en tu vida-. Acepté sin asumir en pleno las condiciones de esa rara apuesta.

Como era de esperarse, me anotó. Fue en virtud de un penalti, quinta falta consecutiva, desespero de mi equipo, y el balón lo toma... ¿quien más?. Carballo frente al balón, parece mirarme, pero estoy concentrado en el balón, situación que se prolonga con la tensión de todo el colegio. Su disparo fue tan fuerte que dejó vibrando la cancha ante mi quietud de derrota; había anotado y con ello borraba mi fugaz paso por la victoria, ese día perdimos por 4 a 0. En compensación del tiempo que Carballo estuvo por fuera de las canchas, decidí no volver a jugar, hasta tanto él me liberara de esa sentencia de apuesta, allí inició la negativa al fútbol lo que se prolongó más allá del final del primer semestre. Después de vacaciones volvimos más grandes, a algunos ya nos había cambiado la voz, otros no volvieron, entre ellos Carballo. Cambió de colegio, se fue lejos, no había muchas certezas, corrieron rumores de problemas, amenazas, huidas a una zona costera, en fin. En días como hoy me asalta la necesidad de buscarlo para que me salve de su apuesta, pero no volví a verlo, esperaba que tuviese un futuro como jugador de fútbol, pero su destino y su disciplina no le dieron para tanto. Hoy tengo entendido que vende jugos en una playa del pacífico y que aún juega, no sé si recuerde esta historia después de leerla.